

igualmente parte de la ficción? ¿No es pues, permitido ser un poco irónico hacia el sujeto, como hacia el atributo y el objeto? ¿No debería el filósofo elevarse por encima de la fe en la gramática? Beso los pies á las institutrices (!), pero ¿no ha llegado la hora en que la filosofía debería renunciar á su fe en las institutrices?» «Hay siempre alguien alrededor de mí, así piensa el solitario. Siempre una vez uno, ¡acaba por dar dos!» «¿Cómo llamar pues, á esto que les hace orgullosos? Ellos lo llaman instrucción; esto los distingue de los cabreros».

A veces por último, se rompe de repente la hilación de las representaciones asociadas, y Nietzsche acaba bruscamente en medio de una frase, para empezar otra nueva: «Porque en la religión las pasiones tienen de nuevo derecho de ciudadanía, supuesto que». «Los psicólogos de Francia... no han gozado aún hasta el fin de su placer amargo y múltiple de la *bêtise bourgeoise*¹, en cierto modo como si—bastante, revelan algo con esto». «Ha habido filósofos que han sabido prestar una expresión todavía seductora á esta maravilla que admira el pueblo... en lugar de afirmar esta verdad desnuda, y á fe mía mediocre de todo punto, que la acción desinteresada es una acción muy interesante é interesada, puesto que— ¿Y el amor?»

Tal es la forma como procede el pensamiento de Nietzsche, y que explica suficientemente el por qué no ha escrito nunca tres páginas coherentes, sino sólo «aforismos» más ó menos cortos.

El contenido de esta fuga de ideas incoherente se compone de un pequeño número de ideas delirantes que se repiten constantemente con una desesperante monotonía. Hemos hecho constar ya el sadismo intelectual de Nietzsche y su locura de contradicción y de duda, ó locura de interrogación; pero Nietzsche manifiesta, ade-

¹ Estupidez burguesa. En francés en el original.—(N. del T.)

más de la misantropía ó el horror de las gentes, locura de grandezas y misticismo.

Su horror hacia los hombres se manifiesta en innumerales pasajes: «No ama uno ya suficientemente su conocimiento en cuanto lo comunica». «Toda comunidad, no importa cómo, no importa dónde, no importa cuándo, hace—común». «Vacíos están aún muchos lugares para solitarios y los duotarios (*Zweisame*), alrededor de los cuales sopla el olor de mares silenciosos». «¡Huye, amigo mío, á tu soledad!». «Y muchas personas que se apartaron de la vida, se apartaron no más que de la ralea;... y muchas personas que se fueron al desierto y sufrieron la sed con las fieras, no quisieron sencillamente sentarse alrededor de la cisterna con sucios camelleros».

Su locura de las grandezas no se manifiesta más que excepcionalmente como presunción monstruosa, es cierto; pero sin embargo, se percibe aún con perfecta claridad; por regla general presenta una fuerte alianza, é incluso una alianza predominante, con el misticismo y lo sobrenatural. Es únicamente la presunción la que hace decir á Nietzsche: «En lo que concierne á mi *Zarathustra*, no acepto como evaluador de este libro, más que aquel á quien cada una de las palabras que contiene ha afectado profundamente en un momento cualquiera, y después, en otro momento, le ha encantado profundamente. En efecto, sólo entonces, tiene el derecho de gozar del privilegio de participar respetuosamente del elemento alciónico de donde ha nacido esta obra, de su claridad soleada, de sus lejanías, de su amplitud, de su certeza». O cuando después de haber criticado y empequeñecido á Bismarck, exclama, con una alusión transparente á sí mismo: «Pero yo en mi felicidad y en mi más allá, meditaba cuán pronto este fuerte sería dominado por otro fuerte». En otro lugar aparece ya claramente la idea fundamental mística oculta en su locura de grandezas: «Pero en un momento dado ha de venir sin embargo, á nosotros, el hombre salvador

del gran amor y del gran desprecio, el espíritu creador á quien su fuerza impulsiva arroja siempre de nuevo de todo—al lado y de todo—más—allá, cuya soledad no comprende el pueblo, como si fuera una fuga ante la realidad:—cuando sólo es su hundimiento, su enterramiento y su profundizamiento » (tres sinónimos para un concepto), « en la realidad, á fin de que extraiga un día de ella, si reaparece ante la luz, la redención de esta realidad ».

Por las expresiones « hombre salvador » y « redención », descubre la naturaleza de su locura de grandezas. Nietzsche se imagina ser un nuevo Salvador, y remeda sin estruendo el Evangelio en la forma y en el fondo. Así habló Zarathustra, está completamente calcado sobre los escritos sagrados de los pueblos de Oriente. El libro trata de parecerse exteriormente á la Biblia y al Korán; está dividido en capítulos y en versículos, y su lenguaje es el lenguaje arcaico y profético de las revelaciones. (« Pero Zarathustra miró al pueblo y se maravilló. Después habló así »); se encuentran con frecuencia en dicha obra largas enumeraciones y largos sermones á manera de letanías (« Yo amo á los que no empiezan por buscar una razón detrás de las estrellas;... yo amo á aquel que vive á fin de reconocer;... yo amo á aquel que trabaja y que inventa;... yo amo á aquel que ama su virtud;... yo amo á aquel que no retiene para sí una gota de espíritu etcétera »), y ciertos párrafos recuerdan, palabra por palabra, párrafos semejantes del Evangelio, por ejemplo: « Cuando Zarathustra se hubo despedido de la ciudad... le siguieron muchos que se llamaban sus discípulos y le dieron escolta. Así llegaron á una encrucijada; entonces Zarathustra les dijo que desde allí quería ir solo ». « Y la felicidad del espíritu es ésta: ser ungido, y consagrado como holocausto por las lágrimas ». « En verdad, dijo á sus discípulos, esperad un poco y vendrá ese largo crepúsculo. ¡Ah! ¡cómo habré de salvar yo mi luz! » « Así contristado en su corazón, Zarathustra anduvo errante en todas di-

recciones; y durante tres días no tomó ni alimento ni bebida... Por último sucedió que cayó en un profundo sueño. Sus discípulos permanecieron sentados en su rededor durante largas veladas nocturnas ». Numerosos capítulos llevan estos títulos expresivos: « De la victoria sobre sí mismo »; « Del conocimiento immaculado »; De los grandes sucesos »; « De la redención »; « En el monte de las Olivas »; « De los renegados »; « El grito de angustia »; « La Cena »; « La resurrección », etc. Ciertamente es que á veces le ocurre decir hablando como un ateo: « Si hubiera dioses ¡cómo soportaría yo no ser Dios! Por tanto (y Nietzsche subraya la palabra) no hay dioses »; pero estos pasajes desaparecen ante los pasajes numerosos en que habla de sí mismo como de un dios: « Tú tienes el poder, y no quieres reinar ». « El que es de mi esencia no se sustrae á una hora semejante, á la hora que le dice: Ahora sólo es cuando entras en la vía de tu grandeza... Tú entras en la vía de tu grandeza; lo que hasta aquí ha sido tu último peligro se ha convertido en tu último recurso. Tú entras en la vía de tu grandeza; esto ha de ser lo que te ha de dar mejor ánimo, el que detrás de ti no hay ya más camino. Tú entras en la vía de tu grandeza: aquí nadie puede deslizarse detrás de ti ».

El misticismo y la locura de las grandezas de Nietzsche no se manifiestan solamente en su pensamiento en cierta medida coherente aún, sino que también se manifiestan en su manera general de expresarse. Los números místicos tres y siete aparecen con frecuencia. Como á sí mismo Nietzsche ve también el mundo exterior grande, alejado, profundo y así las palabras que expresan estas nociones se repiten en cada página, casi en cada línea. « La disciplina del sufrimiento, del gran sufrimiento »... « El Sur es una gran escuela de curación ». « Estos últimos grandes investigadores »... « Con los signos del gran destino ». « Allí donde él ha aprendido la gran compasión al lado del gran desprecio, aprender por su parte el gran

respeto». «Falta es de toda grande existencia». «Que festeje con vosotros el gran mediodía». «Así habla todo grande amor». «No es de vosotros de quienes me ha de venir la gran fatiga». «Hombres que no son más que dos grandes ojos, ó una gran boca, ó un gran vientre, ó cualquier otra cosa grande... «Amar con el gran amor, amar con el gran desprecio». «Pero tú, Profundo, tú sufres demasiado profundamente». «Inquebrantable es mi profundidad, pero brilla con enigmas y risas nadadoras». (Nótese cómo todas las obsesiones del loco furioso se presentan en esta frase: la profundidad, el brillo, la locura de la duda, la excitación de hilaridad). «Toda profundidad debe ascender á mi altura». «No piensan bastante en profundidad». A la idea de profundidad está unida la de abismo que se repite igualmente de continuo. Las palabras «abismo», y «abismal» (*abgründlich*) se encuentran entre las más frecuentes de las obras de Nietzsche. A estas representaciones de movimiento, sobre todo á las de volar y cernirse, se unen neologismos con «super»: («Sentido *super-moral*». «Música *super-europea*». «Monos trepadores y *super-calientes*». «De la especie á la *super-especie*». «El *super-héroe*». «El *super-hombre*». «El *super-dragón*». «*Super-importunos* y *super-compasivos*» etc.) La persistencia con que las palabras «terrible», «inquietante», «estremecer», «horror», etc., fluyen en su palabrería, indican cierto grado de anxiomanía.

Como es de regla en la locura furiosa de Nietzsche tiene conciencia de los procesos patológicos que se verifican en él, y alude en multitud de lugares á la marcha furiosamente rápida de su ideación y á su locura. «Esta reunión verdaderamente filosófica de una espiritualidad atrevida y exuberante que corre *presto*...¹. Consideran el pensar como algo lento, vacilante, casi como un esfuerzo penoso,

¹ *Presto*, en italiano en el original.—(N. DEL T.)

pero de ningún modo como algo ligero, divino, análogo á la danza, á la exuberancia». «La marcha y la carrera atrevidas, ligeras, tiernas de sus pensamientos». «Pensamos demasiado de prisa... Es como si lleváramos en la cabeza una máquina que girara irremisiblemente». «En los espíritus impacientes es en los que estalla un verdadero amor de la locura, porque la locura tiene un ritmo tan alegre». «Demasiado lentamente transcurre para mí toda palabra;—¡yo me lanzo sobre tu carro, tempestad!... Como un grito y una aclamación quiero deslizarme por encima de los vastos mares». «Por encima de la humanidad se cierne constantemente, como su mayor peligro, la locura amenazadora». (Naturalmente, piensa en sí mismo al hablar de la «humanidad»). «Sucede á veces hoy que un hombre suave, mesurado, reservado, se convierte de repente en un loco furioso, rompe los platos, derriba la mesa, grita, se enfurece, ofende á todo el mundo, y por último se aleja, confuso, irritado contra sí mismo». (Seguramente que esto «sucede á veces», y no sólo «hoy» sino en todos los tiempos, pero sólo ocurre, á la verdad, en los locos furiosos). «¿Dónde está la locura de la cual os debíais de haber vacunado? Ved, yo os enseño el super-hombre, que es... esta locura». «Todos valen lo mismo. Todos son iguales. El que cree de otro modo se va espontáneamente (¿?) al manicomio». «Yo puse esta exuberancia y esta locura en lugar de esta voluntad cuando enseñé: en todo, una cosa es imposible—la razón». «Mi mano es una mano de loco. Desgraciadas de todas las mesas y de todas las paredes y de lo que ofrece sitio á estos perifollos y á estas mamarrachadas de loco (en alemán juego de palabras: *Narren-Zierrath*, *Narren-Schmierath*). Nietzsche excusa también como los locos furiosos, su enfermedad mental: «Finalmente quedaría aún en pie la pregunta magna de si podemos pasarnos sin la enfermedad, incluso para el desarrollo de nuestra virtud, y si, sobre todo, nuestra sed de conocimiento y de conoci-

miento de nosotros mismos, no tendría por acaso tanta necesidad del alma enferma como del alma sana».

En fin, ni siquiera le falta á Nietzsche la idea demente de su «vigorosa salud»: su alma es «siempre más clara y siempre más sana»; «nosotros, argonautas del ideal, somos más sanos de lo que se querría permitirnos, peligrosamente sanos, siempre sanos de nuevo, etc.»

Tales son, necesariamente compendiados, el matiz especial que tiene su origen en las ilusiones sensoriales, la forma y el contenido del pensamiento de Nietzsche. ¡Y á este desgraciado demente cuya charla huera no es más que una larga divagación, en cuyos escritos aulla la locura furiosa en cada línea, se le ha tratado seriamente de «filósofo», y se ha dado su disparatar como un «sistema». Un filósofo de profesión, el Dr. Kirchner, autor de numerosas publicaciones, en un artículo periodístico consagrado al folleto de Nietzsche *El caso Wagner*, afirma expresamente, que «desborda, por decirlo así, de salud intelectual»; profesores de universidades, como G. Adler de Friburgo, L. Stein de Berna, y otros, ensalzan á Nietzsche como «un pensador audaz y original», y toman posiciones, con una solemne seriedad, respecto á su «filosofía», unos con completo entusiasmo, otros con reservas cuidadosamente calculadas! No hay que asombrarse pues, si en presencia de una ceguedad de espíritu tan profundamente incurable, la parte sana de la juventud actual, con una generalización intempestiva, extiende á la filosofía misma el desprecio que se merecen los profesores oficiales que tienen la audacia de querer introducir á sus alumnos en la filosofía, y ni siquiera son capaces de distinguir la fuga de ideas incoherentes de un loco furioso de una manera de pensar razonable!

El Dr. Hermann Türck caracteriza en excelentes términos á los discípulos de Nietzsche: «Esta sabiduría («Nada es verdad, todo es permitido») en la boca de un hombre docto atacado de locura moral... ha encontrado

un eco poderoso en gentes que á consecuencia de una defectuosidad moral sienten en sí mismos una contradicción contra las exigencias de la sociedad. El proletariado intelectual de las grandes ciudades, sobre todo, aclama con grandes gritos el soberbio descubrimiento de que toda moral y toda verdad son superfluas por completo, y únicamente perjudiciales al desarrollo del individuo. Siempre se habían dicho en secreto: Nada es verdad, todo es permitido, y también obraban en consecuencia, mientras podían hacerlo; pero ahora tienen el derecho de confesarlo muy alto y con orgullo, puesto que Federico Nietzsche, el nuevo profeta, ha ensalzado esta máxima como la más alta verdad de la vida... No es la sociedad la que tiene razón al estimar la moral, la ciencia, el arte verdadero, ¡ah, no!, sino ellos, los individuos que no persiguen más que sus egoístas fines personales y que sólo hacen como que se interesan por la verdad; ellos, los monederos falsos de la verdad, esos cronistas al vapor desprovistos de conciencia, esos críticos embusteros, esos ladrones literarios y esos fabricantes de similor pseudo-realista; he ahí los verdaderos héroes, los dueños de la situación, los espíritus verdaderamente libres»¹.

Esa es la verdad, pero no toda la verdad. Es indudable que la cuadrilla de Nietzsche propiamente dicha se compone de criminales-natos con debilidad de voluntad y de necios á quienes emborrachan las palabras sonoras. Pero además de estos pillos sin el valor y la fuerza del acto criminal y de los imbéciles que se dejan ensordecir y en cierto modo hipnotizar por el rumor y el mugido de un chorro de palabras, detrás del estandarte del charlatán demente marchan aún otras gentes que deben ser juzgadas de otra manera, en parte con más indulgencia. La locura de Nietzsche implica en efecto ciertas ideas que en parte, responden á un modo de ver muy difundido de la época

¹ Dr. Hermann Türck, *op. cit.*, pág. 59.

ca, y en parte saben suscitar la apariencia engañosa de que, á despecho de toda la exageración y la fanfarronería demente de la exposición, encierran sin embargo, un fondo de verdad y de razón de ser; y estas ideas explican que Nietzsche tenga por partidarios personas á quienes no se puede echar en cara sino defectos de claridad y de crítica.

La idea fundamental de Nietzsche, ó sea la brutalidad y el desprecio bestial de todos los derechos extraños que se oponen á la satisfacción de un deseo egoísta, está hecha para complacer á la generación que ha crecido bajo el sistema bismarckiano. El príncipe de Bismarck es una monstruosa personalidad que se desencadena sobre un país como un huracán sobre la zona tórrida: lo aplasta todo en su carrera devastadora, dejando tras sí como huellas de su paso un vasto aniquilamiento de los caracteres, la destrucción de las ideas de derecho, la demolición de la moral. El sistema bismarckiano es en la vida política, una especie de jesuitismo con coraza. «El fin santifica los medios», y los medios no son, como en los solapados hijos de Loyola, la finura, la testarudez, la astucia secreta, sino la franca brutalidad, la violencia, el puñetazo y la estocada. El fin que santifica los medios del jesuíta con coraza puede ser á veces un fin de utilidad general, pero también es á menudo y quizá más á menudo aún, un fin egoísta. Este sistema de primitiva barbarie tiene en todo caso en su autor cierta grandeza, pues tiene su origen en una poderosa voluntad que siempre se arriesga con la audacia del héroe y marcha á todos los combates con esta feroz resolución: ¡O vencer, ó morir! En los imitadores por lo contrario, degenera envileciéndose en fanfarronería, es decir en la más vil y más despreciable de todas las cobardías que consiste en arrastrar el vientre por el suelo delante de los fuertes, y maltratar con una soberana arrogancia al que está completamente desarmado y es absolutamente inofensivo y débil. Los «matones» se re-

conocen á sí mismos con gratitud en el «super-hombre» de Nietzsche, y la pretendida «filosofía» de éste es de hecho la filosofía de los «matones». Su doctrina muestra cómo el sistema de Bismarck se refleja en un loco furioso. Nietzsche no podía florecer y tener éxito en ninguna época más que en la era bismarckiana y post-bismarckiana. Hubiera sido naturalmente un loco furioso durante toda su vida, en cualquier momento que hubiera vivido, pero su locura no hubiera adquirido la tendencia y el matiz especiales que actualmente observamos en ella. Sucede, es cierto, á veces á Nietzsche que se irrita de que «el tipo más coronado por el éxito de la Alemania nueva... haga cargos á todo lo que tiene profundidad por carecer quizá de «matonería» y emite este aviso: «Obramos sabiamente no enajenando demasiado barato nuestro antiguo renombre de pueblo de la profundidad á cambio de la fanfarronería prusiana y del espíritu y del sable berlinés». Pero en otros pasajes, revela lo que le hiere verdaderamente en la «matonería» á la cual dedica su versículo filosófico: ¡hace demasiado caso del oficial! «En cuanto habla y hace un movimiento (el oficial prusiano), es la figura más impertinente y más chocante para el gusto de la vieja Europa—sin que se dé cuenta de ello... y sin que se lo figuren tampoco los buenos alemanes que admiran en él al hombre de la primera y más distinguida sociedad, y adoptan su tono de buen grado»¹. Esto es lo que no puede admitir Nietzsche, ¡él que comprende que es imposible que haya Dios, puesto que entonces él es quien debería serlo! No puede soportar que el «buen almán» coloque al oficial por encima de él; pero aparte de este inconveniente que lleva consigo el sistema de la «matonería», lo encuentra hermoso y bueno por completo, y ensalza «la intrepidez de la mirada, la bravura y la dureza de la mano que esgrime, la voluntad testaruda de

¹ *La Gaya Ciencia*, pág. 130.

arriesgados viajes de descubrimientos, de expediciones espiritualizadas al Polo Norte bajo cielos desolados y peligrosos¹, y profetiza con alegre acento que vendrá para Europa una época de acero, una época de guerras, de soldados, de ejércitos, de violencia. Es pues, natural, que los matones hayan saludado en Nietzsche el filósofo según sus gustos.

Su «individualismo», es decir su egotismo de enajenado, para el cual no existe el mundo exterior, tenía que atraer, además de los anarquistas natos por incapacidad de adaptación, á aquellos también que sienten instintivamente que el Estado actual estruja demasiado profunda y demasiado brutalmente los derechos del individuo y exige de él, además de los sacrificios necesarios de fuerza y de tiempo, otros sacrificios que no puede realizar sin pérdida destructiva de su propia estima, ó sean sacrificios de ideas, de conocimientos, de convicción y de dignidad humana. Estos sedientos de libertad creen encontrar en Nietzsche el porta-estandarte de su rebelión sana contra el Estado opresor de los espíritus independientes y destructor de los caracteres fuertes. Estos cometen el mismo error que ya he puesto de relieve en los partidarios de buena fe de los decadentes y de Ibsen: no ven que Nietzsche confunde el hombre consciente con el hombre inconsciente, y que el individuo para el cual reclama entera libertad no es el individuo de intelecto y de juicio sanos, sino aquel que está consumido por deseos ciegos y que pide á toda costa la satisfacción de sus instintos concupiscentes, no el individuo moral, sino el individuo sensual.

Por último, sus fachas de príncipe han aumentado también el número de sus secuaces. Muchos de los que marchan en pos de él, prueban su doctrina moral, pero se entusiasman con frases como esta: «Pudiera suceder

¹ *Más allá del Bien y del Mal*, pág. 147.

un día que el populacho llegara á ser amo... Así ¡oh, hermanos míos! hace falta una nueva aristocracia que sea enemiga de toda plebe y de toda dominación violenta, y que inscriba de nuevo sobre nuevas tablas esta palabra: «Nobleza»¹.

Es una convicción hoy muy difundida, que el entusiasmo de la igualdad ha sido un pesado error de la gran Revolución. Se rebela uno á justo título contra una doctrina en oposición con todas las leyes naturales; la humanidad necesita una jerarquía; ha de tener guías y modelos, y no puede pasarse sin una aristocracia. Pero el noble á quien el rebaño humano ha de asegurar un sitio á su cabeza, no será seguramente el «super-hombre» de Nietzsche, el egotista, el criminal, el bandido, el esclavo de sus instintos rabiosos; ha de ser, por lo contrario, el hombre del saber más grande, del más alto conocimiento, del más claro juicio, de la más firme auto-disciplina. La existencia de la humanidad es un combate que no puede librarse en buenas condiciones sin tener capitanes; por todo el tiempo que se trate del combate de los hombres contra los hombres, el rebaño reclamará un pastor de músculos vigorosos y de puño ejercitado. En un estado de cosas más perfecto, en que toda la humanidad junta luche solamente contra la naturaleza, escogerá por jefe al hombre cuyo cerebro sea más rico, cuya voluntad esté más disciplinada y cuya atención sea más concentrada. Un hombre así será el mejor observador, será también el de percepción más fina y más rápida, el que podrá representarse más vivamente los estados del mundo exterior —es decir será el hombre de simpatía más despierta y de interés más comprensivo. El «super-hombre» de la evolución sana de la especie, es un Paracleto que sabe y ama con desinterés, no un «carnicero magnífico» sediento de sangre. Esto es lo que no ven los que creen encontrar cla-

¹ *Así habló Zarathustra*, 3.^a parte, pág. 74.

ramente expresados, en el aristocratismo de Nietzsche, sus propias ideas obscuras sobre la necesidad de naturalezas selectas directoras.

El falso individualismo y el aristocratismo de Nietzsche puede inducir en error á los lectores superficiales. Su error será para ellos una circunstancia atenuante pero aun teniendo esto en cuenta, no impide el hecho de que un loco furioso declarado ha podido pasar en Alemania como filósofo y hacer escuela, lo cual constituye, hágase lo que se quiera, una gran vergüenza para la vida intelectual alemana de nuestro tiempo.

LIBRO IV

EL REALISMO